

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

*Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3	Catolicidad y Mundialización
<i>Cardenal Jean-Marie Lustiger</i>	5	La Iglesia, experta en mundialización
<i>Carlos Schickendantz</i>	10	Entre ecumenismo y globalización.
<i>Alberto G. Bellucci</i>	26	Sentido, proyección y límites de la globalización cultural
<i>Oscar Caeiro</i>	37	Universalidad de las grandes obras
<i>Florian Pitschl</i>	50	¿La metafísica al final de la posmodernidad?
<i>Nicolas Baverez</i>	57	La Dialéctica de la Mundialización desde el norte.
<i>Ludovico Videla</i>	66	La Mundialización vista desde el Sur I
<i>Carlos Hoevel</i>	76	La Mundialización vista desde el Sur II
<i>Armando Isasmendi</i>	91	Mundialización y Región
<i>Heinrich Beck</i>	104	Razón y Fe

La Mundialización vista desde el Sur II

*Carlos Hoewel**

Vista desde el sur la globalización parecía al principio un viento fresco que venía a despejar las brumas del pasado: hoy ya se parece más a un temible huracán que avanza rápida e inexorablemente sobre todas las formas de vida económica, social y cultural existentes, modificándolas de manera radical y dejando a su paso resultados por ahora bastante inciertos. Según escucho y observo a mi alrededor, me parece que la percepción de la globalización aquí en el “sur” - aclaro que no hablo del sur del mundo en general sino sólo del sur de América y más precisamente del cono sur de América del Sur y, en última instancia, de la Argentina, mi propio país- es algo diferente de la que tienen en el “norte”. Pero ¿por qué? ¿en qué se diferencia la perspectiva del sur de América de la de otras regiones de la Tierra? Para explicarlo creo que es necesario primero un rápido repaso del proceso histórico de la región y del país que nos llevó a nuestra actual percepción de la globalización.

De la primera globalización a la economía protegida

Hasta los años treinta nuestra región formó parte de la hoy llamada “primera globalización” en la que existía una importante vinculación a los mercados europeos fuertemente demandantes de materias primas, especialmente de alimentos, por la que nuestros países pudieron colocar con gran éxito sus productos y lograr como resultado grandes acumulaciones de capital que, aunque en pocas manos, proporcionaron a nuestros países un importante éxito económico a principios de siglo. Sin duda el país más beneficiado por esta situación fue la Argentina, la cual en 1913 llegó a ser la séptima

* El autor es profesor de filosofía de la economía e investigador del Centro de Estudios de la Sociedad Industrial de la Universidad Católica Argentina.

economía del mundo. Sin embargo, como ocurrió en el resto del mundo, especialmente a partir de la Gran Depresión, los países de la región comenzaron a abandonar su confianza en las economías más o menos liberales (y monetariamente ortodoxas) abiertas a los mercados internacionales y, por tanto, globalizadas. La pérdida de fe en el mercado fue tanto o más importante aquí que en Estados Unidos o en Europa. Las razones eran, en parte, similares. No se creyó más, al igual que allí, que los mercados lograran el equilibrio autocorrigiéndose automáticamente. Tampoco se creyó más en que el mercado produciría la tan ansiada mejora social a través de un progresivo “derrame” de riqueza. El desastre de los años treinta parecía haber demostrado también aquí que el estado debía intervenir tanto para restaurar el equilibrio económico como para paliar el problema social. Asimismo, como en el “norte,” se sintió fuertemente la influencia del pensamiento keynesiano que echaba por la borda gran parte de las convicciones de la antigua ortodoxia económica, especialmente aquella de que no puede gastarse más de lo que se tiene, reemplazada por la tesis de que un importante gasto estatal, aún generado a costa de déficits, creaba demanda y finalmente mayor crecimiento económico. Por lo demás, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, la región adoptó también la idea de que el desarrollo económico era fruto de una estrategia en la cual el estado debía ser el protagonista principal a través de la estatización de las empresas consideradas esenciales. Finalmente, la otra gran influencia fue el marxismo. Esta ideología indujo con igual virulencia, al igual que en Europa, a políticas económicas cada vez más planificadas e incluso llegó a amenazar, en los años setenta, con reemplazar del todo las débiles democracias liberales con economía semicapitalista de esta parte del mundo -recordemos el corto y trágico gobierno marxista de Salvador Allende en Chile- por autocracias con economía completamente regimentada.

No obstante, nuestra entrada en la economía dirigida estuvo marcada sobre todo por características de índole estrictamente local que es fundamental comprender para tener una idea más ajustada de cómo experimentamos en los últimos años la salida de este tipo de economía y, por tanto, la entrada en la “segunda globalización.” En primer lugar, desde el punto de vista económico, si bien la fuerte exportación de materias primas dejaba un rédito importante, no solucionaba el problema de carecer de una verdadera industria que agregara valor a nuestro productos. Así, cuando los precios internacionales de materias primas comenzaron a bajar, se entrevió la futura decadencia económica y se fue extendiendo, especialmente en todo el período de posguerra, no sólo en Latinoamérica sino también en todo el entonces llamado “tercer mundo”, una convicción general expresada académicamente con el nombre de “teoría de la dependencia” (recordemos aquí a Raúl Prebisch y su famosa institución CEPAL). Se sostenía que nuestros países jamás podrían

competir en igualdad de condiciones si seguíamos abiertos al mercado global. Continuaríamos vendiendo indefinidamente materia prima barata para apenas lograr sobrevivir o comprar a precios elevadísimos los productos manufacturados que necesitábamos. Pero la causa de nuestra crónica falta de competitividad -se decía- radicaba en la existencia de un acuerdo tácito o explícito entre los llamados países "centrales" que utilizaban a nuestros países como campo de extracción de materia prima, sin ningún interés en desarrollar aquí una verdadera industria, y los capitalistas locales que obtenían ganancias cuantiosas por la venta de esta materia. Así, nuestra posición era siempre la de una dependencia estructural de los países del norte que jamás podría romperse por vía de la libre competencia. De esta manera, se pensaba que la única forma de resolver el problema era cortar con esta relación de dominio implantando un nuevo modelo de economía en el que el estado debía tomar las riendas cerrando la economía, nacionalizando las empresas ya existentes, creando otras o subsidiando a las nacientes de acuerdo a una estrategia planificada.

Por lo demás, este pensamiento económico estuvo en nuestra región fuertemente asociado a una concepción social y política y también cultural. La cuestión de la dependencia económica fue quizás la mejor puerta de entrada del marxismo en América latina pero fue sobre todo el populismo, con la idea de lograr una igualación social más o menos rápida por una vía no marxista, el motivo político que más caracterizó a las políticas económicas del cono sur. El populismo fue de algún modo la forma político-cultural que recogió una gran parte del viejo problema hispanoamericano de la dependencia cultural del extranjero planteado desde la época de los caudillos criollos, con su amarga denuncia por la explotación de estas tierras tanto por los imperios coloniales como por las elites ilustradas locales y lo actualizó a las nuevas circunstancias. Sus propulsores denunciaron en la falta de una verdadera industria una nueva forma de prolongación aún más aguda del viejo sistema social fuertemente polarizado que relegaba a vastos sectores de la población a la pobreza y a condiciones laborales muy deficientes. Así, los reformadores populistas aprovecharon los recursos acumulados en divisas durante los años de ortodoxia liberal para desarrollar una rápida y amplia política tanto de créditos, subsidios y donaciones a la industria local y al consumo popular como de compra por parte del estado de grandes empresas consideradas estratégicas. Todo esto se hizo en pocos años, de una manera generalmente improvisada y acompañada por una demagogia política creciente. Cuando fueron gastados todos los recursos acumulados en el período anterior, el populismo de la región (que no dejó de ser practicado por los gobiernos militares que se turnaban en el poder con los de origen democrático) adoptó la política keynesiana del gasto público financiado a futuro con inflación y se asoció

finalmente a la corriente de préstamos al tercer mundo, tan en boga durante los años cincuenta y sesenta, que generó la tristemente célebre deuda externa latinoamericana. Esta economía cerrada y dirigida de manera populista produjo un gran cambio social ya que integró en la vida económica industrial y de consumo urbano a un gran sector de las clases bajas hasta entonces marginadas y protegió durante un largo tiempo la seguridad económica de las clases medias de profesionales, comerciantes y pequeños empresarios. Si bien aquí nunca alcanzó la economía dirigida los éxitos logrados en el norte, todavía persiste el recuerdo de haber sido, por lo menos en sus primeros tramos, una era de cierta prosperidad y, especialmente para las clases más bajas, de oportunidades hasta entonces desconocidas. Por lo demás, este período es quizás también recordado como una era de inspiración para las ambiciones nacionales y los sentimientos patrióticos. Sin embargo, a la larga este impulso degeneró. En lo económico se generó una industria local de baja calidad incapaz de competir en los mercados internacionales (por lo cual las exportaciones de la región continuaron dependiendo de los bajos precios internacionales de las materias primas -con la excepción de la industria brasileña-) y un estado fuertemente deficitario generador de un progresivo y cada vez más conflictivo proceso inflacionario que derivó en una decadencia crónica terminando en el fracaso estrepitoso de este tipo de economía.

El final de la economía protegida y la entrada en la economía global.

Creo que fue sobre todo el final que aquí tuvieron las economías dirigidas lo que nos diferenció del norte en nuestra primera impresión frente a la globalización. A pesar de la espectacularidad de la caída del muro de Berlín y de la revolución tecnológica, en realidad, el pasaje de las economías mixtas, keynesianas y protegidas a las economías de mercado crecientemente globalizadas se viene haciendo en el norte muy gradualmente, a velocidad moderada y sin haberse dado una gran crisis terminal. (Obviamente me refiero a Estados Unidos y a Europa Occidental y no a los países ex -comunistas) En nuestra región, en cambio, el final de las economías protegidas fue desastroso. Con la excepción de Chile, que experimentó una transición más controlada (aunque quizás al precio de una violencia política muy grande) y Uruguay, que aún tiene una economía en gran medida en poder del estado, los demás países de la región fueron sacudidos por terribles catástrofes económicas. En la Argentina, no hay quien no recuerde con angustia los terribles meses de la hiperinflación de 1989 en los que los sueldos recién cobrados se disolvían en minutos si uno no corría a cambiarlos por dólares, las reservas estaban completamente agotadas, el crédito internacional cortado, los capita-

les hufan y la misma gente común de los barrios populares que Perón había ayudado con su economía "nacional y popular" salía a saquear supermercados. Pero tampoco nadie puede olvidar la rapidez con que un peronista como Menem, que en su campaña electoral había hablado de una economía al estilo populista, terminó realizando una reforma económica tan grande como la de Perón pero en sentido opuesto. Procesos parecidos, con mayor o menor intensidad y dramatismo, vivieron los demás países de la región (Bolivia y Brasil tuvieron también sus hiperinflaciones y sus planes de "shock"). El resultado es que a lo largo de la década del noventa (Chile aún desde antes) el cono sur recuperó su moneda, su crédito internacional, sus reservas y experimentó un importante flujo de inversiones extranjeras y locales. Por lo demás, se aceleró también en esos años un proceso de coordinación desconocido hasta entonces de las economías de la región que siempre habían estado más o menos cerradas entre sí (especialmente el Brasil y la Argentina) para formar el bloque económico común del Mercosur tomando como modelo a la Unión Europea que se suponía podría competir con éxito en la nueva economía global.

La decadencia de los últimos cuarenta años parecía entonces haber quedado atrás junto con las viejas ideas que habían sustentado la anterior economía. Tal era el descalabro del que veníamos, que nuestra entrada en la globalización fue muy poco resistida e incluso recibida con euforia, no sólo por los inversores nacionales y extranjeros que ahora tenían campo libre para realizar sus negocios y por la clase media alta que obtenía buenos trabajos en las multinacionales, sino incluso por las capas más bajas de la población quienes, de tener que salir a robar su alimento, pasaron a tener un sueldo bajo pero que ya no se disolvía entre las manos. La popularidad de los reformadores fue grande, y el clima optimista de los primeros años de la década del noventa se acrecentaba por la llegada de inversiones, la espectacular mejora de los servicios públicos y la mejora relativa de los sueldos. Entretanto, tampoco el grueso sector de la población que sufría los despidos de las empresas estatales o de las privadas que se preparaban para competir, estaba del todo disgustado ya que se le prometía que al poco tiempo conseguiría trabajo en las "nuevas empresas" que surgirían y podría sobrevivir los "pocos meses" sin trabajo con el dinero de la indemnización recibida. En cuanto a los pequeños y medianos empresarios de la vieja industria ineficiente estaban asustados por la entrada libre de artículos importados pero existía la idea de que si invertían sus ahorros en tecnología y organización no tendrían demasiados obstáculos para vencer o por lo menos sobrevivir a la competencia. Pero esta reforma, más allá de los conocidos procesos de privatización, desregulación, apertura de la economía al mundo y derrota espectacular de la inflación que implicó, representó sobre todo el abandono de una entera con-

cepción cultural, social y política de la economía y la adopción de otra completamente diferente con un significado y unas consecuencias mucho más profundas que las que eramos capaces de ver en aquellos primeros años de transformaciones.

Los nuevos problemas

1. Problemas económicos

Creo que no fue sino hasta 1995 en ocasión del efecto “tequila”, la primera de las crisis financieras globales más fuertes de la década, cuando todos aquí sentimos la primera gran alarma, el primer gran temor frente a la globalización, temor que aún perdura e incluso amenaza con aumentar. Y este temor, como trataré de mostrar también más adelante, creo que es de una naturaleza muy diferente aquí en el sur al que pueda experimentarse en Europa o en los Estados Unidos. El desastre generado en México y más tarde las siguientes crisis en cadena del sudeste asiático, de Rusia y finalmente de Brasil frenó súbitamente la euforia de los primeros tramos de nuestra globalización. Esta crisis nos mostró violentamente en qué nueva situación nos encontrábamos. Como en muchos otros lugares, aquí sabíamos bastante poco sobre las crisis globales a no ser aquellas que involucraban la caída de los precios internacionales de las materias primas que perjudicaban nuestras exportaciones pero que no comprometían toda la estructura económica interna. Por otro lado, creíamos que para ingresar y aún prosperar con cierta facilidad en la nueva economía eran suficientes los logros de tener una moneda estable, una saludable administración financiera y una actitud de apertura hacia los capitales externos sin necesidad de cambiar el resto de las cosas. Sin embargo, el hecho aparentemente desconcertante del retiro de confianza realizado desde entonces por los inversores y las consecuentes crisis en el valor de las monedas y los problemas en los precios relativos de los productos de exportación e importación de los distintos países de la región, comenzó a hacernos comprender que la entrada al nuevo mercado global no significaba simplemente aceptar una serie de normas macroeconómicas sino que implicaba una profunda transformación de la estructura íntima de la economía con todas las implicancias que esto pudiera traer. La “competitividad”, que se ha convertido quizás en el concepto más representativo del grave problema económico que tiene por delante esta región, contiene, a mi juicio, dentro de sí no sólo difíciles problemas específicos para resolver sino un gran problema general que permanece latente. En efecto, los problemas específicos

microeconómicos pasan hoy por mejorar la eficiencia y la productividad a través del recorte de costos, el reequipamiento tecnológico y la capacitación del personal en competencia con los bajos precios de los artículos importados de Asia o de aquellos producidos por empresas con economías de escala instaladas en la región. Los macroeconómicos, por su parte, consisten básicamente en lograr una eficiente política fiscal y una reducción de los déficits que implican otras innumerables acciones políticas en otros ámbitos. Pero la crisis financiera puso en el tapete la gran duda de si aún todo esto resuelve el problema más general y profundo que subyace a la economía de la región y que amenaza con resucitar en una nueva y más sofisticada versión el viejo fantasma de la "dependencia" que parecía enterrado: el de si la obediencia al mercado global con las políticas macroeconómicas y microeconómicas correctas permitirá en efecto la realización de una estrategia verdaderamente nacional e incluso regional de desarrollo económico y no estará hecha únicamente para facilitar los negocios de inversores particulares al precio de un crecimiento económico puramente cuantitativo pero estratégicamente estéril para nuestros verdaderos intereses. Si bien este es un problema de larga data también en los países llamados "desarrollados", tiene siempre mucha más intensidad en regiones como la nuestra donde no existe una base económica propia lo suficientemente desarrollada como para orientar un crecimiento económico coherente con las propias necesidades. Así, si bien el horizonte no está todavía del todo cerrado, la sensación general aquí es que nuestro futuro económico en la globalización se presenta amenazante e incierto.

2. Problemas sociales

Pero quizás sea la situación social la que empezó a hacer sentir aquí a la globalización como una nueva pesadilla. El resultado social más grave de la entrada de la región a la economía globalizada es sin duda el del desempleo. En tanto en Europa sufren este flagelo desde la década del ochenta, aquí se presenta como un fenómeno nuevo. Las tasas de desempleo aún en los peores momentos de la economía dirigida no superaba el 7 por ciento. Hoy se ubican muy por arriba de esa cifra. En la Argentina fluctúa entre el 14 y el 17 por ciento de la población económicamente activa. La expectativa de que la mayoría de aquellos que eran despedidos debido a la privatización de las empresas del Estado y a la "reestructuración" de tantas otras empresas privadas encontrarían empleo en las "nuevas empresas" no se cumplió. El pasaje de una a otra economía dejó a una enorme cantidad de gente en la calle. Pero aquí hay otra diferencia con el norte en nuestra visión de la globalización. Si bien en Europa el desempleo es alto (aunque no tanto como

aquí), éste en parte responde a la negativa explícita tanto de los gobiernos como de los trabajadores a resignar la protección y los beneficios de los empleos ya existentes, lo cual hace más rígido al mercado laboral e impide en cierto modo su ampliación. Sin embargo, allí existe una amplia e inmediata protección del estado a los damnificados. Aquí, en cambio, ¿qué protección existe? Absolutamente ninguna. El desempleado en esta región no recibe casi ningún subsidio, no existe ningún tipo de red de contención. La quiebra del estado dirigista de la vieja economía fue tan grande que hoy es incapaz de ayudar a nadie a soportar mejor esta terrible situación. Generalmente los desempleados se mantienen gracias al ingreso de algún otro miembro de la familia o realizando algún tipo de trabajo informal esporádico y pésimamente remunerado. Una buena parte de los desempleados son jefes de familia de edades superiores a los cuarenta años que parecen haber sido desechados en la plenitud de sus vidas y despreciados sus talentos y en muchísimos casos su educación universitaria. Entre los jóvenes la frustración se extiende ante la imposibilidad de encontrar un primer trabajo, tanto entre la clase media como entre la población de más bajos ingresos. Por lo demás, la falta de contención que aquí existe frente al desempleo y que nos hace ver con mayor temor nuestra inserción en la economía global, no se limita a la ausencia de subsidios de desempleo sino a la falta de protección por parte del estado en todas sus áreas: salud, educación, justicia, seguridad. En tanto en Europa el sistema educativo contiene a los jóvenes desempleados durante algún tiempo, aquí son legión los jóvenes, especialmente de las barriadas populares, que en las críticas edades de entre los 15 a los 20 años no realizan no sólo ninguna actividad laboral sino que no asisten tampoco a ningún tipo de establecimiento educativo, ¿qué camino les queda sino el de la frustración y con ella el de la droga o el delito?

El segundo efecto social paralelo al desempleo ha sido aquí el de la acentuación de la desigualdad. El empleo precario y mal pagado se extendió en los últimos años destruyendo el poder adquisitivo de una gran parte de la clase medias. La mejora relativa de las clases bajas con respecto al final de la economía anterior se deja sentir cada vez menos, no sólo porque con el paso del tiempo ya no resulta un logro la sola supervivencia, sino porque la destrucción masiva de empleo o la proliferación del empleo llamado "basura" se extendió también entre los más pobres. Otra tragedia la constituyen los ancianos retirados que sufren el desastre de la quiebra del estado protector con jubilaciones impensablemente bajas si se las compara con cualquier cifra europea o norteamericana. Lo mismo ocurre con los niños pobres enfermos o desnutridos que mueren a diario por la falta de protección del estado. Por lo demás, esto contrasta duramente con el espectacular ascenso de un minúsculo grupo de exitosos nuevos profesionales empleados en las grandes com-

pañías y sobre todo con un pequeño grupo de empresarios (y políticos corruptos) rápidamente enriquecidos.

Se podría decir entonces que nuestro pasaje a la economía global presenta hasta ahora un escenario que combina lo peor de los problemas sociales existentes en el norte con los agravantes propios de nuestra situación particular. En efecto, sufrimos el mal norteamericano de la creciente desigualdad pero sin el beneficio del crecimiento económico y el bajo desempleo; y tenemos desempleo, como en Europa, pero sin protección, tanto de los empleos existentes como de los desempleados. Todo este panorama, es percibido frecuentemente aquí como una situación sin salida ya que la protección del empleo podría producir una mayor retracción del crecimiento y por tanto mayor desempleo y la flexibilización más intensa amenaza con hacer más precario el empleo existente, acentuar la desigualdad sin que estemos seguros de que va a crear otros nuevos empleos.

En fin, el clima social aquí es cada vez más difícil en la medida en que se acentúa también la proliferación del delito cada vez menos causado por los delincuentes profesionales y cada vez más producido por los desesperados y enloquecidos por la marginación social, la droga y la desesperanza. Quizás pueda pensarse que el problema social es un mal endémico en Latinoamérica y que para nosotros no es novedad, ya sea con globalización o sin ella. Esto en parte es cierto especialmente en zonas de nuestros países crónicamente atrasadas y sumidas en la pobreza como el norte de Brasil, algunas regiones del norte argentino, Bolivia y Paraguay o las "villás miseria" de Buenos Aires y las "favellas" de Río de Janeiro. Sin embargo, la diferencia hoy parece ser no sólo la acentuación de la pobreza en estos lugares sino también la amenaza de que otras regiones o capas sociales, especialmente una amplia clase media y un vasto grupo de la clase baja obrera que habían logrado una cierta prosperidad durante el período de la vieja economía en la Argentina, el Uruguay, el sur de Brasil y en partes de Chile comiencen en la era de la globalización a formar también parte de la tropa permanente de los excluidos.

3. Problemas culturales y espirituales

La globalización representa aquí también un gran cambio en el clima cultural y espiritual que quizás sea mucho más profundo que el que puedan estar viviendo en Europa o en Estados Unidos. Si bien las economías del "norte" fueron en gran medida dirigidas y proteccionistas, no por ello perdieron su carácter básicamente capitalista y de mercado: existía en muchos

sectores verdadera competencia, había así un grado importante de eficiencia y de “destrucción creativa”. De este modo, el norte vivió durante todo el siglo y, más aún desde la posguerra, no sólo el crecimiento de la economía capitalista sino de la cultura mercantil, de eficiencia, competencia y consumo asociada a ella. Aunque esta cultura fue sin duda más propia de los Estados Unidos, Europa la fue incorporando desde la época tanto del Plan Marshall como de los programas de reconstrucción encarados por los distintos países, (¿quién no recuerda el gran shock cultural y espiritual que dió lugar a los famosos lamentos por la amerización o “cocacolización” de Europa en los años cincuenta y sesenta?) . En cambio, ¿cuál era la situación aquí? La verdad que nuestras economías no tenían casi los rasgos mínimos de lo que es una economía de mercado o capitalista. Nuestra economía producía bienes y servicios caros y de mala calidad que eran vendibles únicamente en mercados completamente bloqueados y tergiversados (quizás Brasil podría considerarse el país más globalizado de aquel momento por su capacidad de exportación industrial). Así, aquí la “cultura”capitalista de mercado, no siendo una novedad absoluta como en Rusia, era muy débil y poco extendida.

Veamos, por ejemplo, el caso del trabajo. La transformación tanto de las condiciones, de las relaciones como de las modalidades de trabajo y de la relación del trabajo con otros aspectos de la vida ha sido aquí grande. Como en toda la tradición católico-mediterránea la relación del hispanoamericano con su trabajo ha sido siempre completamente distinta, casi opuesta, al de la cultura protestante-anglosajona. Aquí el trabajo siempre estuvo subordinado a la vida extralaboral, la vida de lo “no negociable” a la que se suponía había que reservar una buena dosis de la propia energía y dedicación: la familia, los amigos y el cultivo de las actividades libres y desinteresadas como el culto religioso, el arte o simplemente la conversación. Si bien el desarrollo profesional fue siempre considerado aquí muy importante, era difícil ver a alguien retacear el tiempo y la naturaleza sagrada de la vida no laboral para obtener algún rédito en la propia carrera. El sudamericano no sabía nada del *network* norteamericano que va entretejiendo nuevos contactos y posibilidades laborales a través de la trama de las relaciones familiares o sociales. No se mezclaban las dos cosas. Por el contrario, la misma tarea laboral era vivida de un modo relativamente distendido y se aprovechaba el trabajo para hacer amigos y no al revés. Incluso en las relaciones estrictamente mercantiles (entre jefes y empleados, proveedores y clientes, etc.) existían lealtades, entendimientos y hasta una cierta generosidad casi familiares que todos trataban de respetar. En las empresas estatales y en las pequeñas y medianas empresas locales se respiraba ante todo un clima de seguridad. Si bien existía alguna clase de disciplina y competencia, ésta podía deberse más al modo de ser de la persona en cuestión que a la presión del ambiente externo. Sin duda, gran

parte del desastre económico de nuestra región se debió a las exageraciones de esta particular cultura del trabajo que muchas veces degeneró en deliberada dejadez, ineficiencia y amiguismos de todo tipo. No obstante, también esta cultura tuvo sus buenos tiempos en los que todavía era posible trabajar con seriedad y al mismo tiempo vivir una vida auténticamente humana. Hoy este panorama ha cambiado completamente. La vieja cultura del trabajo de raíz latina se está modificando rápidamente. La causa es fundamentalmente el temor al desempleo. Así, todo lo que se haga por conservar el trabajo es poco: aceptar horarios de cualquier tipo, vacaciones cortas y divididas, fines de semana empeñados en capacitación o simplemente en más horas extra (no siempre remuneradas), reemplazo del encuentro con los amigos o parientes lejanos por "días de la familia" organizados por la empresa, etc. Además, la creciente competencia obliga a todo el mundo a "estar en forma" con la mente despierta y todos los sentidos puestos no sólo en realizar la tarea propia sino en estudiar y prever los movimientos de todos los que están alrededor que de potenciales amigos se están volviendo posibles adversarios y enemigos. También se vive aquí el trabajo con el ojo puesto siempre en algún otro lado, previendo los modos, si llega la hora, de bajarse del barco y abordar rápidamente otro. Por otro lado, el desempleo y la disminución de los ingresos están obligando también a muchas mujeres madres a salir a trabajar casi inmediatamente después de dar a luz con lo que se agrega una causa más en la ruptura con la vieja cultura familiar hispanoamericana.

Por otra parte, además de esta nueva cultura laboral se está comenzando a desarrollar una nueva cultura del consumo. La comercialización de bienes y servicios se ha transformado aquí como en todo el mundo a través de la revolución del comercio a gran escala, las técnicas de marketing y, en los últimos tiempos, la compra a través de internet. El crédito al consumo fue en parte rehabilitado después de haber muerto en los últimos años de la economía dirigida. En las grandes ciudades los centros comerciales tradicionales han sido duramente perjudicados (aunque siguen resistiendo) por los *shopping malls*, reemplazando en gran medida no sólo las relaciones más personales con el comercio del barrio por las impersonales del hipermercado sino también el tradicional "domingo en familia" por el "domingo de shopping". Las barreras al consumo puestas por los jefes de familia, han sido quebradas tanto debido a las técnicas de segmentación del mercado aplicadas por las empresas como a los ingresos por trabajos precarios obtenidos por muchos jóvenes adolescentes como fruto del despido de los mayores. En cuanto a los llamados bienes culturales, se extiende de manera creciente -como en todas partes- la cultura "enlatada" y homogénea de estilo norteamericano, haciendo desaparecer a la librería, disquería o editorial, comprometida con la publicación de ciertos títulos y obras de valor, y reemplazándola por los su-

permercados estandarizados o el *e-commerce*. De todas formas, creo que la transformación de la cultura del consumo producida por la actual globalización se siente aquí más lenta de lo previsto en gran parte por los bajos ingresos y el alto desempleo. No obstante, si a estas transformaciones le sumamos la mercantilización progresiva del paisaje urbano, de los medios de comunicación y de la educación, la pregunta es ¿qué quedará de nuestra cultura propia ya bastante débil de por sí por el hecho de ser una región relativamente joven y tradicionalmente dependiente de la cultura extranjera?

Conclusión: interpretaciones y propuestas

Estos son, a mi juicio, los problemas centrales que se han presentado aquí al mismo tiempo en que entramos en la globalización. Pero estos hechos y problemas que hoy todo el mundo aquí experimenta, son interpretados de diversas maneras de acuerdo al marco mental que uno tenga de la cuestión de la globalización en general. Creo que en la Argentina, existen básicamente tres interpretaciones que representan en alguna medida lo que se piensa en el resto de la región. En primer lugar, existe una interpretación liberal de la globalización representada por la mayoría de los economistas reconocidos, muchos empresarios, pequeños grupos de las clases alta y media-alta y el círculo ideológico liberal local. Esta interpretación coincide plenamente con las ideas del fin de la historia, el fin de las ideologías, de la política y el triunfo del libre mercado como destino necesario del mundo y considera los problemas y contradicciones existentes no como fruto de la globalización sino como resultado de oponerse a ella. En efecto, ellos admiten que la globalización coloca a nuestros países a merced de inexorables mercados internacionales de capital, calificadoras de riesgo y de la competencia con los productos extranjeros. Pero esto no es algo negativo. Todo lo contrario. A mayor globalización, mayor estímulo a la eficiencia, mayor exigencia de ortodoxia monetaria y fiscal, mayor necesidad de reducir el déficit del estado, mayores posibilidades de que el capital sea invertido productivamente y, por tanto, más crecimiento y, a la larga, menos pobreza y desigualdad. ¿Por qué se dan hoy la falta de crecimiento, el desempleo y la desigualdad? Porque no hay suficiente globalización. ¿Y por qué ocurre esto último? Porque aún no somos un país y una región del todo confiable. Las causas son nuestra falta de seguridad jurídica, nuestra corrupción, nuestra falta de productividad, nuestros pésimos sistemas educativos, nuestro excesivo déficit estatal y nuestra mala recaudación fiscal. Si estas lacras son eliminadas, seremos aceptados en el sistema global, la riqueza comenzará a fluir y los problemas a solucionarse. Por otra parte, también rechazan los liberales más

extremos los paliativos sociales, éticos y culturales aplicados por afuera del mercado. Sostienen que la globalización irá solucionando los problemas mediante las acciones del mercado que a través de sus incentivos aseguran una progresiva internalización por parte de los agentes económicos de todas las posibles externalidades negativas que se produzcan en estos campos. En cuanto a los cambios en la cultura del trabajo, ¡en buena hora! -piensan- ya que consideran que sólo la manera de trabajar anglosajona podrá sacarnos del subdesarrollo. Por lo demás, la globalización tampoco producirá la temida homogeneización cultural ya que la creciente libertad de mercados acrecentará la variedad de las iniciativas particulares. Por otra parte, no lamentan los liberales el debilitamiento de los estados nacionales que identifican con el centralismo estatista y promueven una suerte de cosmopolitismo que conecte directamente a ciudadanos, asociaciones, empresas y comunidades locales de todo el mundo (ciudades y regiones entendidas como empresas) pasando por encima de las jurisdicciones nacionales.

Una segunda postura, que es tal vez la más popular y abarca un poco todos los ambientes, es común tanto a los sectores más populares de los grandes partidos políticos, como a círculos de intelectuales y escritores de centro izquierda, grupos de conservadores y a gran parte de la Iglesia Católica. Esta interpretación coincide con la visión liberal en ver a la globalización como un fenómeno de transformación técnica y económica inevitable e irreversible pero difiere con la idea de que no está produciendo desempleo, pobreza, homogeneización cultural y absorción de los valores humanos por los mercantiles. No obstante, los representantes de esta posición no ponen verdaderamente en cuestión el núcleo de la lógica económica intrínseca de la globalización (que consideran algo en sí éticamente neutral como pudo haber sido la revolución industrial) sino que proponen moderar extrínsecamente sus resultados. En una palabra, hay que dejar actuar a la globalización pero trabajar al mismo tiempo en reparar los daños que produce por medio de una voluntad ética y política decidida de los gobiernos, las comunidades (especialmente las que conforman la sociedad civil, las asociaciones sin fines de lucro) y de las personas comprometidas. Esta posición se ve bien clara en los partidos políticos de centro izquierda hoy en el poder que se están dedicando a respetar a rajatabla las políticas ortodoxas que permiten nuestra integración global pero predicán el discurso (bastante vacío) de ir reparando los posibles excesos por medio de una firme voluntad política, social y ética.

Por último existe una minoría de personas formada por círculos de economistas académicos, políticos y sindicalistas de izquierda e intelectuales nacionalistas (de izquierda y católicos) que en forma bastante sigilosa niegan que la globalización tenga un carácter tan necesario e irreversible e insisten en sostener que se trata en gran medida de un fenómeno político e

ideológico artificialmente inducido por un grupo de países (y en especial uno de ellos) interesados en financiar su propia prosperidad a expensas de enormes sacrificios de los demás. De hecho, la estricta subordinación de los gobiernos nacionales a los mercados, que aconsejan los ortodoxos económicos locales, no es sufrida de igual modo por los gobiernos de los países "grandes", quienes pueden seguir aplicando medidas proteccionistas y semidirigistas a sus economías sin que esto signifique que serán repudiados por las calificadoras de riesgo. Así -argumentan-se destruye de antemano toda posibilidad de manejar autónomamente la propia política macroeconómica y por tanto también cualquier intento de desarrollar una estrategia económica nacional o aún regional, de modo que nuestra capacidad competitiva en el mercado global (aún si alcanzáramos el tan ansiado *investment grade*) sufre desde el principio de una desventaja insalvable. En definitiva, nuestra apertura a la globalización perpetúa nuestra antigua «dependencia» y no hace más que entregarnos atados de pies y manos a las decisiones de un grupo de especuladores financieros del norte convirtiéndonos en una mera ficha de bajo costo en las apuestas del gran casino del mundo. Más allá de la dura crítica teórica y de una idea general de volver a fortalecer el poder del estado nacional es difícil ver propuestas prácticas y realistas desde este grupo de opinión.

El objeto de este artículo era sobre todo transmitir cómo ve la gente la globalización en el sur, sin embargo, quisiera terminar estas líneas diciendo algo de mi propia opinión personal. Por lo demás, tengo, como la mayoría, más dudas que respuestas y la falta de espacio haría muy engorroso el que las planteara en este momento. Sin embargo, me gustaría expresar al menos lo que me parece el punto de partida indispensable para cualquier discusión sobre la globalización. Este consiste, a mi criterio, en el hecho de que la globalización no es un fenómeno puramente técnico-económico de carácter inevitable y frente al cual no podemos tener más actitud que la pasividad: la globalización es modificable y discutible. Coincido con sus desmitificadores en que se trata de un fenómeno marcado por decisiones políticas y de poder que condicionan un cierto tipo de funcionamiento de los mercados. Tal como sostiene casi arrogantemente uno de sus más fieles propagandistas estadounidenses, Thomas Friedman, «la mano oculta del mercado nunca funcionará sin un puño oculto» refiriéndose, obviamente, al poderío militar norteamericano que posibilita la actual globalización. Aún existe la geopolítica detrás de la economía. Pero no sólo está el «poder» detrás de la economía sino también la ética, la cultura y el espíritu, aún en una economía globalizada. Así, creo que es acertado pensar que la subordinación de nuestra región a «los mercados» es, en gran medida, subordinación a decisiones éticas, políticas y económicas no verdaderamente propias. No adhiero, por tanto, a lo que aquí se

llamó la «alineación automática» que nos llevaría a abandonar completamente y para siempre una política propia de desarrollo tanto económico como humano a los dictados supuestamente anónimos del mercado. De este modo, considero que el primer gran obstáculo a superar en este tema es la negación casi mítica de cualquier discusión más allá de un ajuste puramente técnico-económico. Ésta última me parece revelar una actitud pseudocientífica-positivista que excluye con violencia sospechosa la posibilidad de discutir fines más allá de los instrumentos inmediatos. Sin embargo, no creo tampoco que esta subordinación al mercado sea exclusiva de nuestra región: también la sufren de algún modo los países económicamente más poderosos que se ven condicionados en su verdadero desarrollo por la maquinaria económica que ellos mismos crean. En cierto modo todos los países son hoy “dependientes” y no sólo los subdesarrollados. Así, tampoco me parece posible volver a una actitud excesivamente politizada o de un nacionalismo a ultranza basado en un nuevo predominio de una maquinaria abstracta del estado. Me parece fundamental, en cambio, la rehabilitación de la voluntad política y ética que hoy tantos proponen no sólo desde los estados nacionales sino también desde el fortalecimiento de las comunidades con raíces culturales comunes tanto a nivel local como regional. Pero creo que el resurgimiento de la política y la ética no valen sólo para reparar los destrozos de la globalización o para dar mayores seguridades a los capitales de inversión sino para ir revitalizando y desarrollando algún tipo de poder propio tanto económico y político como cultural y espiritual en esta región que, sin dejar de lado las inmediatas urgencias instrumentales, pueda ir creando un escenario distinto para el futuro.